

Ya no canta ¡ay de mí! la Doris bella  
ni la Clori serrana;  
ésta grata y aquélla  
tan cruel como hermosísima tirana.  
Ya le influye otra estrella,  
otra estrella de aspecto riguroso.  
Y mudada la alegre perspectiva  
del tiempo venturoso,  
los males llora de mi suerte esquivada.  
¡Ay musa! ¡Desgraciada musa mía!  
Tras del alegre canto  
vaya tu triste llanto,  
al modo que la noche sigue al día.  
Este alivio me da en las ocasiones  
que el alma dolorida  
quiera llevar con menos aficciones  
los *ratos tristes* de mi amarga vida.  
Así exclamaba, cuando  
en éxtasis quedó mi fantasía:  
entonces parecióme que veía  
una deidad llorando:  
mi misma Musa que invocado había.  
Era su rostro ya marchito y feo;  
sin luz sus ojos, como amedrentados  
al ruidoso tropel de mis cuidados;  
su cabellera blanca y sin aseo:  
toda su contextura  
a la corva figura  
de la triste vejez muy semejante.

¡Qué aspecto tan extraño el que tenía!  
Pone en mi mano un lúgubre instrumento,  
unísono al que pulsa la elegía,  
de ébano negro; y en el mismo instante  
me echa sus brazos, y con raudo vuelo  
por los vientos se sube  
hasta entrarse en el seno de una nube,  
que le sirvió como de obscuro velo...  
Del letargo volví; pero agitados,  
como de un grave ensueño, mis sentidos,  
levanto hasta los cielos mis gemidos,  
en lágrimas los ojos empapados.»

¿Quién era ese poeta, que con la miel bucólica  
de los tiempos de Boscán, clarificada momentos  
después por el lusitano Montemor y por Gil  
Polo, edulcoraba la fruta, insípida antes y de  
áurea corteza, de la poesía colonial? ¿Qué alien-  
to virgiliano, venido del mismo seno de la Natu-  
raleza, no del obscuro rincón del aula, con fra-  
gancia de campiñas en flor, y no con olores de  
manoseados escolios, oreaba los vetustos arabes-  
cos de las ruinas escolásticas?

El *Diario de México*, en 1806, al calce de los  
*Ratos Tristes* puso la siguiente nota: «El autor  
de estos *Ratos Tristes* es el mismo de *Las Flores  
de Clorila*. Se nos ha remitido una carta en que  
se dice ser natural de la villa de Zamora. Otros

dicen que es de Celaya y nosotros hemos dicho que es de Querétaro. Siete ciudades de la Grecia se atribuían el nacimiento de Homero. Sea de esto lo que fuere, poco nos importa. Sus producciones son muy bellas y conservamos varias de las mejores, que se irán insertando.»

En la villa de Zamora, hacia mediados de 1768, había nacido el poeta. Había venido a México en su primera juventud, y luego, muy pronto, se había vuelto a la provincia de Michoacán, donde tomó el hábito de San Francisco. Bajo las arcadas del claustro de Querétaro, el joven fraile comenzó a soñar silenciosamente y a metrificarse sus sueños. Sus estudios de latín diéronle considerable fuerza expresiva y pulieron su verificación. A Valladolid de Michoacán, donde residió mucho tiempo, a Silao, a San Antonio de Tula, pueblecillo de la intendencia de San Luis Potosí, y al Real de minas de Tlalpujahuá, el franciscano fué siempre acompañado de su musa. Tiempo hacía que, antes de que el *Diario de México* diese publicidad a las primorosas anacreónticas, el nombre del poeta sonaba en los grupos literarios. Algunas obras suyas corrían, manuscritas, entre los cultivadores líricos (1). El

(1) El *Diario de México* comenzó a publicar los ver-

glorioso recién llegado a las letras se llamaba el reverendo Padre fray José Manuel Martínez de Navarrete (1768-1809).

Cuando con suave timidez se decidió a que sus inspiraciones saliesen de la celda, como salen los pájaros de la jaula, el guardián del convento de Tlalpujahuá tenía treinta y siete años, gallarda figura, aire bondadoso y manso, y acrisolada fama de virtud.

Con su rostro apacible y sus ojos azules y limpios, suavemente iluminados por la lámpara perenne de una extática fantasía, fray Manuel Navarrete exteriorizaba los encantos de ternura y serenidad de su espíritu. Son los mismos que caracterizan su poesía.

Entre los adornos de una retórica muy convencional y artificiosa, como la que entonces constituía el primer elemento poético, se sorprenden en Navarrete expresiones vivas, enérgicas, animadas y sinceras.

El sentimiento se revela, rompiendo moldes impuestos y quebrando adornos de papel dorado. Late, por debajo de la tela sonora y meliflua

de Navarrete en 2 de enero de 1806. Ya había hecho mención de ellos Juan Wenceslao Barquera, en una carta publicada en 20 de noviembre de 1805.

de una versificación *marginal*, un corazón de hombre tierno y apasionado. Brilla la imaginación rica y verdadera, entre las cuentas de vidrio de un erotismo suave y pulcro.

Meléndez Valdés influye, casi completamente, en la forma poética de Navarrete. El gusto *neo-clásico*, delicado hasta la insinceridad, simétrico hasta la monotonía, frío hasta el aburrimiento, invade casi toda la obra del fraile mexicano.

Sin embargo, entre las nimiedades caseras y las quejas almibaradas, entre los cantos a la pollita de Clori y a los canarios de Lisi, y los lamentos de los pastores de *biscuit* de las églogas, que son una prolongación del *italianismo* de Garcilaso, se agitan emociones dulces e ingenuas que nos producen ahora, a través de un siglo, la impresión de la realidad bien sentida. Lo que con más espontaneidad canta Navarrete es el amor y la tristeza.

Mejor que en la oda pindárica, que intentó más de una vez, y que en la elegía lacrimosa, recargada de citas mitológicas, y que en los cantos místicos y éticos, su poesía encuentra en la melancólica ternura o en el apacible ardor del idilio las expresiones naturales y hermosas y las imágenes lúcidas y evocadoras.

Siente con mucha intensidad la Naturaleza y

la describe con brillantes matices. Su silva *La Mañana* tiene toques magistrales de colorista.

Allí está mejor el poeta que en los cantos de gran aliento. Un lejano perfume de helenismo da, a veces, a sus pequeñas odas, aristocrático sabor. Los amores que le inspiran son, más bien que pasiones, entretenimientos apasionados, juveniles ansias, devaneos amorosos. Las deidades paganas, con sus simbólicos atributos, cruzan a cada instante por los versos de Navarrete, que, en su *neo-clasicismo*, de ellas se vale como de emblemáticas expresiones. Cupido, retoza; Venus, sonríe; Jove, el almo padre, es frecuentemente invocado; pasan corriendo las Gracias con las cabelleras desatadas; Pan sopla su agudo caramillo, bajo la frescura de las frondas, y sátiros y ninfas bailan, en el claro del bosque, en torno de la fuente, en cuyos cristales arde el sol. Hasta las fábulas de Navarrete toman el aspecto de sátiras antiguas:

«Una vieja de ochenta  
y un viejo de cien años,  
para aumentar el mundo  
sus bodas concertaron.  
Como dos armazones  
de fragmentos humanos

se presentan aquellos  
novios apolillados.  
A las nupciales fiestas,  
como era de contado,  
vino el Dios Himeneo  
con su cirio en la mano.  
Vino la madre Venus,  
sus toallas preparando;  
y su hijo también vino  
y sus harpones trajo.  
Cercáronse del lecho,  
cuando ya se acostaron,  
aquellos esqueletos  
en forma de casados.  
Y al verlos tan endeble,  
tan viejos, tan cascados,  
unos a otros se miran  
los dioses soberanos.  
Apartáronse al punto  
Himeneo cabizbajo,  
avergonzada Venus,  
y Cupido llorando.»

Sin embargo, de cuando en cuando, fray Manuel Navarrete, cediendo a las influencias del medio y al gusto de la época, cae en un prosaísmo grosero, usa expresiones triviales y crudas, imágenes burdas, toscas y mal encubiertas alusiones de sentido soez.

Leed el *Prólogo Ingenuo*, que ha pasado a las ediciones del poeta, probablemente, con serios errores tipográficos:

«Dirá quien mis versos lea  
tal vez sin ningún primor:  
váyase el rudo pastor  
a cantar allá a su aldea.»  
Mas para cuando así sea,  
desde ahora mi musa acuerda  
decirle, pues que discuerda  
con su oído mi estilo llano:  
«Vaya el necio ciudadano  
con su crítica a la mi....  
re-fa-sol-la. Esto es, a co-  
mer con música, que son  
dos gustos a un tiempo.»

Como acontece a casi todos los poetas mexicanos, no siempre tiene pureza su léxico. Con relativa insistencia se deslizan los *regionalismos* en la dicción poética; y, por hacerse más familiar, más íntimo, recurre a muy vulgares locuciones mexicanas. Uno de sus pruritos es el de abusar del diminutivo, el de aplicarlo impropriamente, como suele hacer nuestro pueblo:

«Heme de holgar ahora  
con algunos versitos...  
.....  
Sí, Cupidillo tierno,  
muy mole, muy blandito...  
.....  
La tortolita tierna  
que en jaulita curiosa...»

Incurrió también Navarrete en otro abuso: abusó de la sinéresis, como todos o casi todos sus contemporáneos, y gran parte de los que le precedieron: ha sido éste un defecto común, por muchos años, en la poesía mexicana. No romper los adiptongos, darles valor unisilábico, es un vicio prosódico fuertemente arraigado en nuestra fonética americana.

Pero a pesar de sus imperfecciones, que entonces no se reconocían, o no se notaban, o eran perdonadas por los técnicos, el poeta ejerció, al aparecer, un súbito y vigoroso predominio. Don Juan Wenceslao Barquera (llegará la hora de hablar de este hombre laborioso) escribía al *diarista de México* en noviembre de 1805, refiriéndose a las primeras composiciones de Navarrete, insertas en el periódico: «... en ellas verá usted que el lustre y la belleza de esa facultad no es tan extraña de nuestro clima. Bellas produccio-

nes del buen gusto que interesarán nuestros papeles y harán el honor del poeta que me las ha comunicado. Alternarán las mías siguiendo sus propias huellas.»

Eso hicieron muchos: seguir las huellas de Navarrete, y, por lo mismo, afirmarse en la imitación *valdesiana* que invadió la literatura de Nueva España.

La gloria de Navarrete fué como un relámpago: luminosa y breve. Cuatro años duró. En 1809 murió el poeta. No fué tampoco larga su agonía; pero, rápida como vino, le dejó tiempo para cumplir con un escrúpulo de su conciencia; su primer biógrafo lo dice:

«Hallándose en esta situación, hizo salir de su recámara a una señora anciana, que le cuidaba, llamada doña Josefa Silva, con pretexto de enviarla por un medicamento; y, aprovechándose de aquel intervalo, puso fuego a sus manuscritos.» (1)

Tal decisión no era entre los poetas rara en tiempos pasados, ni mucho menos tratándose de

---

(1) *Memoria sucinta de los principales sucesos de la vida de fray Manuel Navarrete, escrita por un íntimo amigo suyo*: figura en todas las ediciones de las Poesías de Navarrete.

frailes y creyentes. La lumbre se comía los secretos. Estas reservadas discreciones, que no parecen ser otra cosa que un excesivo pudor contra las malignidades del mundo, traen a la memoria los últimos momentos de San Juan de la Cruz, entregando a las llamas las cartas de la Doctora de Avila.

«Se sabía—agrega el biógrafo—que perecieron treinta sonetos dirigidos a Anarda.»—  
¿Qué pasó por el ánimo del virtuoso poeta?  
¡Quién sabe!

Don Marcelino Menéndez y Pelayo disculpa los inocentes erotismos del fraile franciscano, atribuyéndolos a prurito de imitación y artificio. A decir verdad, yo veo algo más que el afán literario en la obra de Navarrete, y, más que veo, siento que un alma, delicadamente simpática, revela un poco, descubre a medias sus misteriosas agitaciones de ternura y afecto. Nada real, nada positivo se encontrará tal vez, en lo referente a devaneos amorosos, en la vida de este virtuoso varón. Pero de las reconditeces de su corazón apasionado salen estas voces suaves y castas, estos reclamos de ave, estos versos de dulzura inefable. Los deliquios pastoriles, las aventuras idílicas, no están vividos, sino soñados. El Padre Navarrete no amaba a Clori, ni a

Filis, ni a Lisi, ni a Anarda; amaba a la ilusión; amaba al amor. Y en la lámpara de su fe, como en un vaso sagrado, caían y se quemaban gotas de poesía pagana, esencias de voluptuosidad y deleite.

Ello es que, en su tiempo, nadie puso reparo a los cánticos eróticos de Navarrete. Don José Manuel Sartorio, a quien tocó juzgar, como censor, de las odas que, con el título general de *La Inocencia*, dedicó el poeta a la *Arcadia Mexicana*, de la cual fué electo Mayoral, dijo: «¿Quién puede negar su aprobación a estas bellezas tan dignas de salir al público?»

\* \* \*

El censor que así habló pasaba entonces por uno de los sabios en bellas letras más rectos y juiciosos. Era un hombre lleno de piedad, de bondad y de santidad, el presbítero don José Manuel Sartorio (1746-1829). Era también un poeta. Un poeta ramplón, aniñado, humilde.

Cuando hizo el elogio de Navarrete alcanzaba los sesenta años. Había sido alumno de los Jesuitas, rector de Colegios, catedrático de historia y disciplina eclesiásticas, capellán de varias instituciones religiosas, examinador sinodal

del Arzobispado de México, presidente de Academias de humanidades. Su fama de orador se había extendido por todo el reino. Sin embargo, su vida no había dejado de ser modesta y pobre. No poseía bienes de fortuna; amaba las letras; cultivaba el latín; vivía una vida sencilla, cristiana, amable y pura. Era un cura risueño, afable, nervioso; un imaginativo incansable. Gustaba de hacer versos, muchos versos. Rimaba incesantemente su existencia, hasta en los episodios más baladíes y comunes. Cuando no tenía qué rimar, rimaba las oraciones de sus brevarios. Así, su obra poética resulta caudalosisima; casi toda ella es sagrada y piadosa. Tradujo, glosó, parafraseó, imitó pasajes bíblicos, plegarias cristianas, vidas de santos, letanías, secuencias, antifonas.

Era inagotable, constantemente prosaico, fofó y chavacano.

Una mano amiga, una curiosa gratitud, recogió en 1832 cuantas rimas del Padre Sartorio pudo encontrar. Son muchas. Están coleccionadas en siete gruesos tomos en octavo. Allí se leen, además de las poesías místicas, décimas de encargo, sonetos sobre temas familiares, octavas para felicitación, epigramas insulsos, redondillas para coleccionar limosnas, epitafios extravagantes,

fábulas insustanciales, canciones para despertar a las novicias el día de su profesión; versos sueltos a personas y animales, a damas nobles, a madres abadesas, al arzobispo, al Virrey, y a un can llamado el *Mono*, y a la *victoria de un perico*; a las caseras, a los pobres que andaban desnudos, a una viejecita que pidió versos al poeta: verdaderas inocentadas todas. Varias de estas fruslerías están escritas en versos latinos. Las más, en castellano de inferior calidad. Se dirían ensayos de un pàrvulo en una pizarra escolar. Escuchad:

*A una viejecita que aseguraba haberme amado desde niño, y me pidió le hiciese un verso para tener consigo una cosa de mi composición.—Décima extemporánea.*

Puedo, Ignacia, asegurar  
que correspondo al cariño,  
con que, desde que era niño,  
tú me comenzaste a amar.  
Ninguno podrá negar  
que yo un ingrato sería  
si a amor de tanta hidalguía  
mi amor no correspondiese.  
El verso ya está hecho: cese  
de cantar la musa mía.

## A OTRO

Hermanito mío querido,  
goza el día de tu Santa;  
y con alegría tanta  
que lo goces muy cumplido.  
José María Julián,  
hijito mío querido,  
unos versos me has pedido;  
ya te los doy: aquí están.

## A UNA COMADRE RELIGIOSA

Luego al instante que supe  
que la suerte te me dió  
por comadre ¡oh, cuánto yo  
me he alegrado, Guadalupe!  
Pero sin que me preocupe,  
es fuerza que más me cuadre  
que apellidarte comadre,  
como tu criado servirte  
y, como tu hijo, decirte  
Madre, Guadalupe, Madre.

Se nota desde luego que tales insulseces están elaboradas de encargo. El Padre Sartorio repartía a sus feligreses versos y bendiciones. La sacristía de su parroquia, a manera de un ínfimo Par-

naso, se había convertido en un lugar donde las musas bajas y populares dictaban al bachiller las rimas más tontas. En ocasiones la sátira asomaba su aguijón entre estas florecillas de trapo. Y he aquí que la gracia resultaba ingenua, pero burda:

### ALUDE A UN PERRO LLAMADO «EL TERRIBLE».

«Contáronme, señora (caso horrible),  
que en vuestra casa vive una gran fiera,  
a quien su condición brava y severa  
mereció que le llamen el *terrible*.  
Parecióme, por tanto, inasequible  
el horror de subir vuestra escalera,  
temiendo que el mastín me acometiera  
y me hiciera un servicio no sufrible.  
Mas sabiendo después, que, a hocico abierto,  
abrasó solamente entre sus fraguas  
las enaguas de Albina: — Ya a cubierto  
estoy — dije, saliendo de mil aguas —;  
no será tan terrible, no, por cierto,  
pues acomete sólo a las enaguas.»

### SOBRE EL BANDO QUE CONDENÓ A CÁRCEL A LOS POBRES DESNUDOS.

«Una manta a su cuerpo trae pegada,  
y tal vez nada más, la pobre gente;  
mas no ofende al pudor, pues finalmente  
es su tápalotodo una frazada.

Chupa y calzones lleva una alindada  
currutaca persona: es evidente;  
mas los bultos descubre impuramente  
de partes y trasero. ¡Ay, que no es nada!  
No obstante, la celosa Policía  
perdona a ese tapado descubierto  
que más bien la sentencia merecía;  
y condena al desnudo, aunque cubierto.  
¿Esto por qué será? Juro a fe mía,  
que es porque el pobre siempre hiede a muerto.»

Aunque docto y severo en sus composiciones  
religiosas, todo lo que en estos juguetes profa-  
nos es vulgar y atrevido, no abandona don José  
Manuel Sartorio su pedestre y desmañado estilo,  
y sólo muy de tarde en tarde se perciben, por  
entre el musitar de beatas de su versificación,  
algunos cristalinos acordes de harpas bíblicas y  
una que otra vibración de tiorbas angélicas.

Ensayó este poeta su numen en metros y com-  
binaciones diversas: arte mayor y menor; liras a  
lo fray Luis; octavas reales, endechas, servente-  
sios, coplas, romances. Y hasta combinaciones  
rítmicas de raro acento musical, como en este  
bello pasaje dialogado, en un *rasgo* dedicado a  
Nuestra Señora de los Dolores:

MARIÓFILA

PARTENIA

- M.—¿Oyes, Partenia fiel? Ven; vamos juntas  
al monte de la mirra.  
P.—En hora buena;  
vamos unidas.  
M.—¿Y sabes a qué vamos?  
P.—A llorar con María.  
M.—¿Sabes qué pena?  
P.—Muy afligida.  
M.—¿Harás por consolarla?  
P.—Es madre mía.  
M.—¿Y lágrimas bastantes  
darás?  
P.—Corridas.  
M.—¿La aliviarás?  
P.—Confía.  
M.—¿Pues ya qué nos detiene  
para ir a toda prisa?  
P.—Hermana, vamos,  
y en el viaje que hacemos  
mátenos el dolor.  
M.—¿Cómo le mostraremos  
nuestro sensible amor?  
P.—Mariófila, las dos  
llorando sin cesar.  
LAS DOS.—La podremos ¡oh Dios!  
algún tanto aliviar.  
P.—Ya oigo de mi adorada  
el funesto gemir.

M.—La pena de mi amada  
no puedo ni sentir.

LAS DOS.—Almas: ¿cuál es aquella,  
que de esta Madre bella  
comprenda el gran pesar?

Estos versos extraños nos sugieren la idea de que son adaptaciones a un canto ritual.

Mas después que alguien se ha dado cuenta de labor tan pródiga, queda la impresión de haber recorrido un vasto campo árido, un llano extenso, que sólo aquí y allá deja asomar, entre los secos yerbajes de noviembre, el cáliz pálido de una que otra retrasada amapola.

Y este poeta prosaico y fecundo, este émulo de Rabadán, de repente, por obra de una extraordinaria exaltación sentimental, sacudía sus ramplonerías, olvidaba su verbosidad casera, cerraba los ojos ante la vulgar visión de la vida, y prorrumplía en deliciosos himnos de amor sacrosanto, inspirados en la más pura fuente mística, en los cánticos del profeta, en las divinas *fioretti* que en la sombra medioeval se mecen acariciadas por brisas del cielo, en los deliquios enfermizos de Santa Teresa, en las contemplaciones luminosas de Luis Ponce de León. Es incorrecto todavía; pero ya no torpe, ni inferior, ni trivial;

ya es un verdadero poeta, no exento de los defectos de artificiosa retórica de su época; más expresivo, sincero, embargado por un hondo sentimiento y abrasado por las lumbres del estro. Su fantasía se eleva y la elevación es súbita y prodigiosa. El humilde y sano cura que escribe versos sobre el papel de china en que envuelven su regalo de dulces las viejas abadesas; el abastecedor de décimas de ocasión en las fiestas del barrio; el piadoso juglar que excita la caridad cristiana poniendo redondillas lacrimosas en el plato de las limosnas, sufre inesperadamente una transformación, o, mejor dicho, una transfiguración. Vuela arrebatado en una nube de incienso. Sube de rodillas, con las manos juntas y los ojos extáticos. Por debajo de la sotana le palpan las alas. ¿Qué ha pasado? Una cosa sencilla: que canta el amor y el dolor de la Virgen María; que una devoción profunda lo ha vuelto uncioso e inspirado, que es un fervoroso *mariano*.

Un panegrista del Padre Sartorio, el doctor don José María Torres y Guzmán, vicerrector de la Archicofradía de la Santa Veracruz, nos va a explicar el misterio, nos lo va a explicar con fe de creyente y revelaciones de milagro:

«Dos meses contaba de nacido—dice—cuan-

do dió las primeras señales de aquel amor tierno y reverente que siempre conservó a la madre del Verbo Eterno; y que, en sentir de algunos Santos Padres, es un claro signo de la predestinación. Lloraba a todo grito, y se manifestaba bien en él la bilis que lo dominaba, dando malos días y peores noches a sus padres, cuando advirtieron éstos la repentina cesación de sus lloros. Averiguan el motivo, y le ven fijos los ojos en una imagen de la Santísima Virgen. Pero no es una mera casualidad la que lo aquieta a su presencia; las cosas contingentes suceden raras ocasiones; y en él correspondió el éxito a la experiencia todas las veces que se hizo. Se interpone el padre entre su vista y la imagen, y él, inquieto, la solicita, y llora hasta que se le descubre. Le traen otra distinta, y sin el niño que aquella tenía en los brazos, y muestra la misma severidad y se alegra y se sonríe. Se le presenta una estampa de la Señora y da señales del mismo gozo: alarga sus manecitas, la toma, y la coloca sobre su corazón, cruzando encima de ella los brazos. Se le pretende quitar y la defiende.» ...

«Su padre le dió las primeras lecciones para conocer las letras de nuestro alfabeto, y sin necesidad de la segunda, él las conoció todas, sin

equivocar ni una; ya se le preguntasen en el orden que tienen, ya se le colocasen separadas y en desorden. Quiere aquél enseñarle a juntar las letras para formar el vocablo, y, dirigiendo el discípulo su vista a la parte opuesta de la que se le enseñaba, pronuncia por sí solo, y con nueva admiración de su padre, el dulce nombre de María, que en efecto estaba escrito.

»Refería el mismo presbítero, don José Manuel Sartorio, siempre bañado en lágrimas, estos pasajes de sus primeros días que fueron el retrato en miniatura de sus futuros años.» (1)

La candorosa hipérbole de este pasaje nos da la clave espiritual del cura de la Santa Veracruz. Aquí aparece, envuelta en credulidad infantil, una predisposición muy marcada: la predisposición al misticismo. Sartorio se creyó un predestinado, un elegido por la Madre de Dios. Y he aquí por qué, en ocasiones, tan ardientes son sus reclamos místicos; tanto, que saborea en ellos un extraño gusto de voluptuosidad pagana:

(1) *Oración fúnebre que en las solemnes honras del presbítero don José Manuel Sartorio... pronunció el doctor don José María Torres y Guzmán... México, 1829. Imprenta de Valdés.*

¡Ojalá sólo a ti ame  
y no a vanos objetos mi dulzura!  
Pues ea, dame, dame  
a beber de tus pechos leche pura,  
que ésta me apagará la humosa hoguera  
de cualquier otro amor de baja esfera.

Déjame dar mil besos  
a esos hermosos pies que me enamoran:  
pies puros, pies ilesos,  
pies que postrados ángeles adoran;  
pies que triunfantes con denuedo vivo,  
hollaron de la sierpe el cuerpo altivo.  
.....

¡Oh resplandor del cielo,  
océano de grandeza desmedida!  
Ven a nuestro consueño,  
benigna sana mi inmortal herida,  
y con tus dulces pechos virginales  
alivia mi afición, cura mis males.

Estas imploraciones, de un evidente sensua-  
lismo, nos revelan también el apasionado tem-  
peramento de Sartorio. Bien se adivina, bien se  
siente correr, bajo la blancura de esta vida  
ejemplar, el fuego de la sangre italiana. Los re-  
quiebros y las ternezas a María alcanzan su gra-  
do máximo de ardor expresivo:

Sí, mi alma, yo te amo;  
mi vida, te quiero;  
mis ojos, te adoro;  
mi bien, te confieso.

Mi madre, te aclamo;  
mi luz, te venero;  
mi amparo, te imploro;  
mi salud, te aprecio.

Te invoco, esperanza;  
te llamo, consuelo;  
te nombro, dulzura;  
te ansío, refrigerio.

Tú eres mi señora;  
tú, mi dulce dueño;  
tú, de mis servicios  
adorado objeto.

Tú, mi sol hermoso;  
tú, mi claro cielo;  
tú, mi bella luna;  
tú, mi firmamento;

tú, mi jardín noble;  
tú, mi alegre huerto;  
mi pensil tesalio  
y mi campo ameno.

Pero este poeta que, bajo el nombre de *Partenio*, adoró, con fervor tan vivo, al más hermoso símbolo de la Castidad y del Dolor en la leyenda cristiana, tuvo otro amor tan grande, tan hondo como éste; otro amor por el cual sacrificó el buen cura su reposo, su tranquilidad, su bienestar; otro amor que él cantó, no ya en versificación arrebatadora y arcaica, sino en cláusulas impetuosas, en discursos elocuentes, en improvisadas y ardentísimas arengas: el amor a la Patria. Más de veinte años de su ancianidad inmaculada dedicó este mexicano al servicio de ese otro primer amor. El fué de los primeros, de los pocos que se negaron a hacer del púlpito una tribuna política en contra de la libertad.

La historia literaria puede abandonarlo al terminar el año de 1809. La historia política debe ocuparse en seguir sus pasos, a través de las vicisitudes sociales, hasta el año de 1829, en que el Padre Sartorio entregó, por fin, a María y a México su ya agobiada vida. Él mismo la sintetizó, haciéndose su propio epitafio:

*Conditus hac vili, jacet en, Sartorius urna. Is fuit Orator, nunc tace, hospes abi.*

«Oculto bajo de esta  
losa triste y funesta

yace el pobre Sartorio.  
Fué orador; aplaudióle su auditorio;  
mas nunca ha predicado  
mejor que ahora callado.  
La muerte, en fin, su asunto fué postrero;  
oye el sermón, y vete, pasajero.»

\* \* \*

Don José Agustín de Castro, hijo de Valladolid de Michoacán, alcanzó por estos tiempos inusitada celebridad. Editó, en tres tomos, su *Miscelánea de poesías sagradas y humanas*. En ellas se muestra presuntuoso y prosaico. Eso es lo que se nota, particularmente, en sus poesías religiosas. En las profanas, en muchas de las profanas, usa, con cierta agradable gallardía, de la dialéctica conceptuosa y de la riqueza culterana de los apólogos calderonianos:

### GLOSADO EN DÉCIMAS

«Tarda la lengua en decir  
una fina voluntad,  
cuando los ojos la explican  
en un abrir y cerrar.

Ama el corazón muriendo,  
pero a la lengua ordenando  
que diga de cuándo en cuándo  
el mal que está padeciendo.

Habla ésta, mas el estruendo  
del corazón al morir  
no la deja prorrumpir;  
con esto vienen a estar  
pronta la vista en hablar,  
*tarda la lengua en decir.*

Muere porque a tanto llega  
de las ansias el rigor,  
cuando la pasión de amor  
todos los arbitrios niega.

Muere, y al hacer entrega  
de su escondida heredad,  
¿qué otra cosa en realidad  
se halla en los bienes, por junto  
de aquel corazón difunto?  
*Una fina voluntad.*

Con temor, con desconfianza,  
es natural proceder  
siempre que se ve no haber  
en el enfermo esperanza.

Los ojos, pues, sin tardanza  
las miradas multiplican:  
bien su pasión significan;  
pero se nota por cierto  
que ya el corazón ha muerto  
*cuando los ojos la explican.*

Muere corazón tan fiel,  
hallando al fin de sus días,  
entre las cenizas frías,  
un pago tirano, cruel.

Triste corazón aquel  
que muere por sólo amar,  
pues aún no llega a expirar  
y ya le está prevenido  
el sepulcro del olvido  
*en un abrir y cerrar.»*

Además de los habituales defectos prosódicos, tiene también los comunes a los escritores americanos de principios del siglo XIX: provincialismos y giros y construcciones defectuosos. En varias composiciones este poeta trata de enaltecer en la rima la germanía popular y *charra*. Tales ensayos no pasan de ser loables intentos de emancipación literaria.

En la parte de su obra que él titula *Poesías*